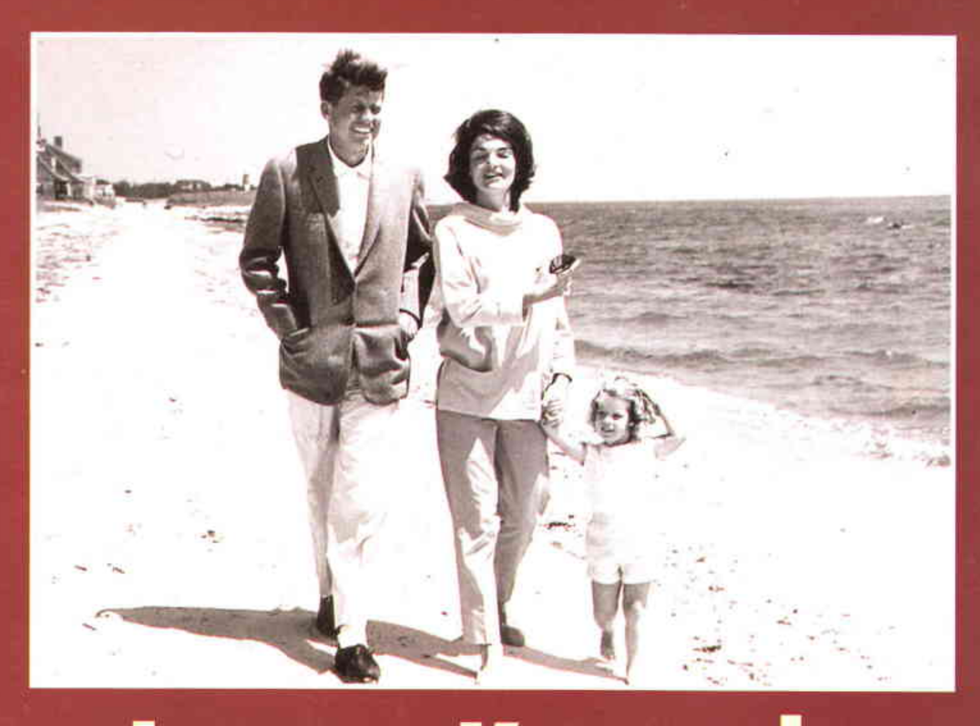
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

46



La era Kennedy

Gustavo Palomares

295 ptas

Historia 16



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Graficinco, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis.
Teléfono: 586 31 00 • 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
I.S.B.N.: 84-7679-271-9
Depósito Legal: M-19.923 - 1994

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

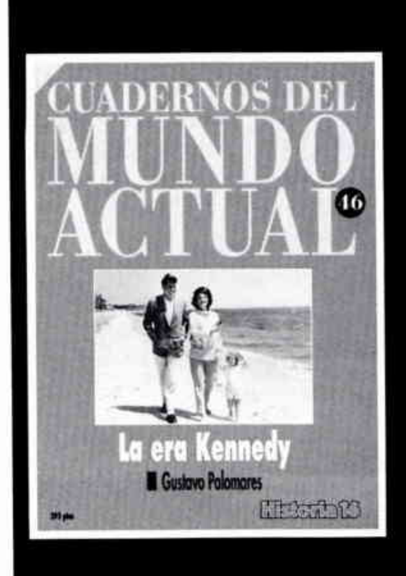
Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

La era Kennedy

Gustavo Palomares Lerma



John Kennedy pasea con su esposa y su hija antes de su elección



El presidente de Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, en una de sus muy conocidas alocuciones

La era Kennedy

Gustavo Palomares Lerma
Profesor titular de Relaciones Internacionales. UNED

Dejad que las palabras vayan desde esta hora y este lugar a los amigos y a los adversarios a la vez, puesto que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una dura y amarga paz, orgullosos de nuestro pasado... La trompeta nos convoca ahora de nuevo, no como llamada hacia las armas, aunque armas necesitemos, no como llamada hacia la lucha, aunque estamos en lucha, sino como una llamada para soportar el peso de una larga lucha entre dos luces, año tras año, alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, una pelea contra los enemigos comunes del hombre: tiranía, pobreza, enfermedad y la misma guerra... Y así, compañeros americanos, no preguntéis qué puede hacer vuestro país por vosotros, preguntad qué podéis hacer vosotros por vuestro país. Compañeros ciudadanos del mundo: no os preguntéis acerca de lo que Norteamérica hará por vosotros, sino acerca de lo que todos juntos podemos hacer por la libertad del hombre. (Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1961.)

Si ha existido en la historia de Estados Unidos una persona capaz de influir decisivamente en su destino y en la mentalidad colectiva de ese pueblo, un hito de tal magnitud que quepa hablarse, incluso en la actualidad, de un antes y un después, éste es sin duda el presidente John F. Kennedy. Una figura de tal envergadura histórica que, más allá de su protagonismo político, fue capaz de impregnar a toda una generación de norteamericanos, y también una gran parte de los comportamientos y manifestaciones sociales, éticas, políticas, literarias, e incluso, estéticas que encontraron en Kennedy, como él mismo señalaría, *un cambio del sistema de valores tradicionales, un nuevo camino para el pueblo norteamericano que merecía ser recorrido, un inédito compromiso personal con el destino de una nación.* En resumen, una nueva forma de ver y entender la vida.

John F. Kennedy accedió a la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 1961 y fue asesinado en Dallas el 22 de noviembre de 1963. Este corto período de tiempo, exactamente 1.000 días, fue suficiente para marcar profundamente la memoria colectiva de un pueblo que encontró en Kennedy lo que ardientemente necesitaba encontrar. Incluso en la actualidad, cuando con cierto aire de añoranza se quiere encontrar en el actual presidente Clinton un *estilo kennediano,* esa memoria política y vital que suponía la búsqueda de *algo nuevo* no se ha per-

dido y continúa siendo debate permanente, centro de interés y, en algunos casos, frívola excusa literaria y cinematográfica para hacer dinero.

El poder simbólico de Kennedy se mantiene y el interés por su personalidad y su forma de hacer política es perdurable en el tiempo, como lo demuestra una reciente encuesta realizada en Estados Unidos, que revela que un 56 por 100 de las personas entrevistadas lo considera el más grande presidente de Estados Unidos después de Lincoln, y muy por encima de Roosevelt, Truman e, incluso, Washington. Una parte considerable de los encuestados que señalaban su preferencia por Kennedy, casi un 28 por 100, tiene menos de veinticinco años y representa esas nuevas generaciones que en repetidas ocasiones oyeron a sus padres evocar en qué momento de su juvenil recuerdo escucharon al entonces vicepresidente Johnson anunciar al país y al mundo el asesinato del presidente.

La muerte de Kennedy suponía no sólo el fin de la esperanza de un gran consenso nacional que había expresado la necesidad de un cambio en la tradicional forma de hacer política de sus elites gobernantes hasta 1961, sino también el final de uno de los intentos más serios de modernización en la historia reciente de Estados Unidos.

La incorporación de una serie de medidas y cambios que afectaban de una forma directa a las bases económicas, políticas, a la protección de los derechos civiles, a la consideración de las necesidades ciudadanas mínimas —como la asistencia sanitaria, la vivienda, las jubilaciones— fueron algunas de las transcendentales reformas que emprendió la nueva Administración desde los primeros cien días de gobierno. El conjunto de reformas emprendidas por Kennedy, que él mismo designaba como *Nueva Frontera,* suponía la vuelta a un *New Deal* político y social, reflejo de las reivindicaciones de una nueva ciudadanía que había sido testigo de un deterioro progresivo del sistema político, económico y social de Estados Unidos desde 1945.

La gestión de Truman, de vaivenes ante el avance de la crisis económica, la oscura y costosa política de la *contención comunista,* el inicio de la locura que habían supuesto el *maccarthismo* y la caza de brujas, las consecuencias sociales y económicas de la guerra de Corea, el desarrollo de la labor de gobierno de Eisenhower con el empobrecimiento de los niveles de protección social; todos estos factores y algunos más, produjeron una apatía y un creciente desinterés por el proceso político de los ciudadanos norteamericanos. Esta falta de motivación supuso un descenso progresivo en la participación política, puesto de manifiesto en las altas tasas de abstención, especialmente en las elecciones de 1948 (47 por 100) y de 1956 (40 por 100), y también en la escasa, si no nula, incorporación de los jóvenes norteamericanos a la vida política: un 88 por 100 de éstos se había abstenido en 1956 y un 96 por 100 no había asistido a ningún acto electoral.

Esta apatía, fruto del largo y tortuoso camino recorrido por Estados Unidos desde 1945, también suponía el agotamiento de la vieja clase política, unas tradicionales elites dirigentes que eran incapaces de aglutinar los nuevos factores de cambio incorporados con fuerza a la sociedad norteamericana y que reclamaban un proceso de moderniza-

John Kennedy



Nació en 1917 y, graduado en la Universidad de Harvard, tomó parte en la Segunda Guerra Mundial. Elegido diputado de la Cámara de Representantes en 1946 por el Partido Demócrata, y senador en 1952. En 1953 se casó con Jacqueline Bouvier. Candidato de su partido a la presidencia en 1960, en dichas elecciones venció a su adversario republicano Richard Nixon para, de esta forma, convertirse en el primer presidente católico de Estados Unidos. La imagen de cambio y modernización de la sociedad norteamericana que representaba, supuso un vuelco radical de las tradicionales formas de hacer política en ese país. El 22 de noviembre de 1963 fue asesinado en Dallas por Lee Harvey Oswald; ni la Comisión Warren, designada para esclarecer los hechos, ni posteriores investigaciones, pudieron dar con las claves del magnicidio.



El candidato demócrata a la Presidencia durante un paseo con su mujer y su hija por la playa de Hyannis Port

ción acorde con los nuevos tiempos. La necesidad, a fin de cuentas, de una nueva clase política, de un nuevo discurso capaz de reflejar los sentimientos de los ciudadanos: nuevas ideas que, sin renunciar a la tradición y al *orgullo de ser norteamericano,* lograran imprimir un nuevo rumbo a Estados Unidos.

El nacimiento de un mito

Kennedy reunía las condiciones básicas que la sociedad norteamericana necesitaba en ese momento. Puede señalarse, como hacen algunos de los que fueron sus colaboradores inmediatos, que fue el *primer presidente contemporáneo:* su juventud, su vitalidad, su modernidad, e incluso sus grandes dudas a la hora de adoptar decisiones importantes. No sólo era el primer presidente nacido en el siglo XX, era también el primer representante en la Casa Blanca de una generación distinta, la generación que nació durante la Primera Guerra Mundial, pasó su juventud durante la Depresión, combatió en la Segunda Guerra Mundial e inició su carrera política durante la Guerra Fría, en la era atómica.

Como señala Schlesinger, uno de sus principales colaboradores, *ésta fue la primera generación que se desarrolló mientras llegaba a su fin la era de la inocencia americana.* Haber nacido diez años después de Lyndon Johnson, o casi veinte años después de Adlai Stevenson, dos de los líderes significativos del Partido Demócrata, colocaba las raíces de Kennedy en una América más sencilla, más lejana de la vieja escuela de los líderes norteamericanos clásicos. Una vieja escuela de la que se tuvo que valer para poder acceder a la presidencia, pero en la que provocaba un cierto temor porque rompía el clásico perfil de los políticos que habían sido presidentes o vicepresidentes en ese país: de origen irlandés, católico, natural de Nueva Inglaterra, hombre de Harvard, con gran formación histórica, con firmes convicciones respecto a los principios de libertad y los derechos civiles, y también miembro de uno de los clanes económicamente más poderosos



John Kennedy posa en la Casa Blanca, sentado en su célebre mecedora, obligada por su lesión vertebral

de Estados Unidos pero, por su afán individualista, distante de los principios políticos e ideológicos que representaba su padre.

Kennedy era, por tanto, difícil de encuadrar en las generalizaciones sociológicas que se suelen realizar del electorado norteamericano. Era un político que estaba fuera de la normalidad, en su origen, en su formación, en su renovado idealismo, distante de otros presidentes como Wilson o Roosevelt, y que también expresaba la desconfianza de la generación de la postguerra por la vieja forma de hacer política: las promesas de grandeza de siempre, la pomposidad en los gestos, la retórica hueca, las palabras encendidas que sólo expresaban demagogia, los movimientos de brazos y el signo de victoria, los besos a los niños...

Es evidente que cualquier político que quiere llegar a presidente —y Kennedy lo deseaba— tenía que entrar en unas reglas de juego que suponían aceptar este fingimiento, pero también es cierto que Kennedy tenía claro una serie de cosas que nunca haría en la fase de comercialización en la que entra una persona en su camino a la presidencia de Estados Unidos. Su famoso dibujo dedicado a sus colaboradores en plena campaña, de un hombre agitando los brazos y haciendo la señal de victoria con una frase debajo que decía: *Siempre juré que una cosa que no haría nunca es...*, no era fruto de una pose sino de un claro convencimiento de lo que no podía hacer. En ningún caso traicionó ese sentimiento: nunca empezó ninguna frase con un *Jackie y yo,* nunca gesticulaba con los brazos ni adoptaba poses agresivas, no le gustaba estrechar las manos y detestaba besar a los niños que, en su opinión, *tenían cosas más importantes que hacer que besar a políticos presidenciables.*

Esta aparente frialdad, que tanto le recriminaban sus asesores y utilizaban sus rivales políticos, se rompía cuando con la apariencia exterior de serenidad y calma expresaba con seguridad sus argumentos, en lo novedosos de su desarrollo, en la capacidad de improvisación, y cuando la emoción contenida se reflejaba en sus ojos y en el ahogo de sus palabras en los momentos cumbres de sus discursos. Fueron estas cualidades de frescura, espontaneidad y sinceridad las que vencieron a un sombrío Nixon, *de apretada mandíbula,* con antiguo discurso y viejas soluciones, en el debate televisado pocos días antes de las elecciones.

Todas estas cualidades reflejaban una atractiva personalidad y, sobre todo, a un político de nueva hechura y factura, una persona que en su inicial ingenuidad prometía *la liberación del idealismo americano, existente muy en el fondo del carácter nacional, pero aprisionado por la astucia y el cálculo de la sociedad americana de los años cincuenta.* Ofrecía a los jóvenes la posibilidad de convertirse en *algo más que satisfechos accionistas de una nación satisfecha,* la necesidad de corresponsabilizarse en el destino de la nación rompiendo la pasividad e incorporándose a las labores colectivas del día a día, en el trabajo, en la universidad, en el barrio, en su ciudad. La responsabilidad colectiva de un pueblo en la solución de los numerosos problemas que acuciaban a una parte importante de la sociedad americana: los problemas económicos, laborales, de formación y asistencia a los desfavorecidos, de lucha por la igualdad y por la defensa de los derechos civiles. Unas promesas que se plasmarán no sólo por la voluntad de un presidente y de un Gobierno, sino principalmente por el esfuerzo y sacrificio de toda la nación.

Este era el sugerente mensaje con nuevas formas que ofrecía Kennedy a los ciudadanos norteamericanos, y éstos no dudaron en aceptarlo. El voto popular, el más amplio jamás emitido, daba la presidencia a la renovación y a la inocente ingenuidad. Una ingenuidad que, en gran parte, se perdió en los primeros días de su gestión presidencial y sobre todo en sus principales decisiones en la política exterior. Un idealismo que tuvo reflejo en determinadas medidas internas para establecer la *Nueva Frontera* deseada por Kennedy y que suponían una modernización de la sociedad americana, pero también *un idealismo que dejó paso al oscuro pragmatismo tradicional, traicionando el espíritu y el fondo de su propio mensaje, cuando tuvo que enfrentarse con episodios de la Guerra Fría como la consolidación del triunfo de la revolución cubana, Bahía de Cochinos o la Crisis de los Misiles.* La difícil solución entre un idealismo convencido y el pragmatismo de la política de gobierno del día a día. Un Kennedy como figura histórica contradictoria.

Aun con todas las incongruencias, que fueron muchas, la figura de Kennedy y su trágico asesinato supusieron para Estados Unidos no sólo el principio y fin de una época, sino también el nacimiento de un mito.

Un mito que, a pesar de sus grandes debilidades humanas y de poseer, como todos ellos, las manos de oro y los pies de barro, trasciende esos años y le coloca en un lugar destacado de la historia reciente de Estados Unidos. Como literariamente señala Ted Sorensen, su persona de mayor confianza, una época en la que *Un pueblo había perdido la ilusión, y un hombre la encontró.*

El camino a la presidencia

La carrera política de Kennedy, como su personalidad, también fue atípica en lo que hasta ese momento era costumbre en la trayectoria de un presidente. Perteneciente a una familia relumbrante de tradición europea y de gran peso social y económico, atractivo joven con esposa aún más joven y atractiva, acento de Harvard, tan irlandés y católico como Al Smith, el de *Las callejuelas de Nueva York,* pero separado por dos generaciones de los guetos irlandeses del sur y este de Boston.

Su padre, Joseph, había logrado separarse del marco irlandés bostoniano, se graduó en Harvard y se dedicó a las inversiones financieras y a la especulación en Bolsa, hasta que logró amasar una gran fortuna. Hombre de confianza de Roosevelt, que le nombró presidente de la Comisión de Bonos y Cambio y, con posterioridad, embajador en Gran Bretaña. Siguiendo la tradición política familiar que alcanzaba no solamente a su padre, sino también a sus dos abuelos bostonianos, el primogénito Joseph Kennedy Jr. era el destinado a administrar política y económicamente la herencia familiar, de no haber sido por su muerte en la Segunda Guerra Mundial.

Su hermano John —Jack para el entorno familiar— también había participado en la guerra y fue gravemente herido cuando su lancha *PT* fue atacada por un destructor japonés. Los esfuerzos para salvar a la tripulación y también, por qué no decirlo, la influencia familiar y la muy posterior campaña del partido, transformaron la discreta participación de John en la guerra en la historia de un héroe que volvía a casa para recoger la antorcha de la tradición de la familia. Una familia, los Kennedy, destinada a jugar un papel preponderante en la historia y en el destino de la nación; una familia o, como dicen muchos autores, un clan que, utilizando una jerga poco académica pero muy expresiva, representaba a la *gente guapa* del país.

La carrera política de John se inició en 1946, cuando aceptó presentarse a las elecciones al Congreso por un barrio de Boston. Esta decisión la adoptó incluso con la oposición de una parte considerable de la vieja guardia demócrata de la ciudad, que le consideraba un candidato excesivamente joven y poco comprometido con las directrices del partido. La personalidad desplegada por Kennedy en la campaña demostró hasta qué punto había existido una buena sintonía entre el electorado, principalmente de tradición irlandesa, y un candidato que no les hablaba de las grandes cuestiones, sino de los pequeños problemas cotidianos que exigían solución. Una gestión discreta en el Congre-

Richard Nixon



Nacido en California en 1913, trabajó como abogado para los círculos financieros de Wall Street. Inició su carrera política como diputado republicano al Congreso en 1947 y 1951. Fue elegido senador en 1951 y vicepresidente de Estados Unidos en los dos mandatos de Eisenhower, de 1953 a 1960. Designado candidato republicano a la presidencia, fue derrotado por John F. Kennedy en las elecciones presidenciales de 1960. Representante de la vieja escuela de políticos norteamericanos, es histórico su debate televisado frente a Kennedy, donde se puso de manifiesto el diferente talante de ambos políticos. En 1962 fue nuevamente derrotado en las elecciones para gobernador de California. En 1968 consiguió una nueva nominación de su partido y derrotó al demócrata Humphrey en las elecciones del mismo año. Fue presidente hasta 1974, año en el que tuvo que dimitir por sus implicaciones en el *caso Watergate.* Murió en 1994.



Kennedy y Nixon, rivales por la presidencia de EE.UU., reunidos en una recepción durante la campaña

so, pero efectiva para sus electores y para la ciudad, le aseguró dos mandatos y le dio la experiencia suficiente para ir consiguiendo paulatinamente mayores apoyos en el partido, especialmente en los sectores más progresistas.

En las elecciones de 1952 los demócratas de Massachusetts le propusieron como candidato para el Senado frente a uno de los senadores más influyentes, Henry Cabot Lodge. La campaña lanzada por Kennedy en defensa de algunos de los derechos civiles, y su moderada oposición a la cruzada anticomunista lanzada por el republicano Joseph McCarthy, fueron algunos de sus puntos centrales. Sin embargo, este nadar contra la corriente de la mayor parte de la opinión pública norteamericana, y las innovadoras propuestas económicas daban un impulso renovado y sugerente a una campaña difícil y arriesgada. De tal forma que cuando en las elecciones presidenciales de 1952 el republicano Eisenhower ganaba al demócrata Stevenson, y Massachusetts elegía un gobernador republicano, Kennedy superaba a Lodge en este mismo Estado en la elección para el Senado.

La labor del senador Kennedy estuvo encaminada a criticar y moderar, en la medida de sus limitadas posibilidades, la plena actividad del Comité de Actividades Antiamericanas en el momento más álgido de la llamada *caza de brujas.* Lo que se denominó *campaña de contención comunista interior* constituyó uno de los peores momentos para los principios de libertad y democracia en Estados Unidos. La posición inicial de Kennedy frente a la campaña *maccarthista* fue templada, pero con posterioridad su idea de que el *maccarthismo* era ajeno a sus principios, supuso no pocos inconvenientes para el joven senador, que tuvo que enfrentarse a algunos sectores conservadores de su propio partido e, incluso, a su propio padre, que había apoyado al senador por Wisconsin porque en amplios sectores irlandeses McCarthy era considerado como un héroe.

Intelectuales y política

Esta fase en el Senado sellará decisivamente su trayectoria política e intelectual; sus relaciones con Stevenson, el líder del

Partido Demócrata, marcarían en lo fundamental su formación política. Se incorporó además a un grupo de notables y de jóvenes intelectuales, en íntima relación con los planteamientos reformistas de Stevenson, ese pequeño *trust de cerebros* —como él mismo les llamaba— entre los que se encontraban Thomas Finletter, el que fuera secretario del Aire de Truman y en ese momento representaba a los demócratas reformistas de Nueva York, el senador Hubert Humphrey, el joven economista John Kenneth Galbraith, el destacado historiador y politólogo, posteriormente premio Pulitzer, Arthur Schlesinger, y Theodore Sorensen, el senador por Nebraska que se transformó en íntimo amigo y brazo derecho de Kennedy.

Principalmente este grupo formaba el *DAC (Democratic Advisory Council)*, que tenía como principal fin adoptar una línea agresiva frente a la Administración Eisenhower y la búsqueda, por medio del debate en los foros de discusión, de una nueva política democrática. Destacados miembros del partido, como Lyndon Johnson, el que luego estaría llamado a sustituir a Kennedy tras su asesinato, y Sam Rayburn veían con mucha desconfianza a este grupo, a cuyos miembros calificaban de *jóvenes y exagerados liberales.*

Durante este período, el contacto inicial con este grupo llevó a Kennedy a una productiva labor intelectual. Su libro *Perfiles de valor* será una aproximación valorativa a la labor de algunos políticos significativos en la historia de Estados Unidos, desde John Quincy Adams hasta Robert Taft. También su especial relación con Sorensen le llevó a aproximarse a algunos de los grupos rurales avanzados del Medio Oeste y al idealismo de George W. Morris, representantes de una línea modernizadora y de un revisado concepto de democracia.

Cuando en la proximidad de las elecciones de 1956 los demócratas se planteaban la estrategia para *plantar cara* a la reelección de Eisenhower, el nombre y la personalidad de Kennedy tenían un gran peso en el partido. La candidatura de Adlai Stevenson, el líder tradicional, estaba fuera de toda duda, pero los demócratas eran conscientes de que iban a tener enfrente a un presidente que se presentaba a la reelección con un gran apoyo popular. Una figura que, a pesar de las dificultades en su gestión pero especialmente después de haber dado fin a la guerra de Corea, gozaba de un apoyo significativo en todo el país.

Las grandes figuras de los demócratas sabían que lo tenían difícil e intentaban buscar los apoyos posibles a la candidatura de Stevenson. Fue en este contexto cuando el tándem Kennedy-Sorensen empezó a funcionar: el creciente peso del primero se combinaba a la perfección con la inteligencia y habilidad del segundo. Un informe de Sorensen, presentado poco antes de la Convención Demócrata en Chicago, ponía de manifiesto, sobre la base de la distribución de los votos, que un católico reforzaría la candidatura, y demostraba, por la vía de los datos electorales, hasta qué punto eran erróneos los argumentos aducidos por algunos pesos pesados del partido, como Finnegan, director de la campaña, cuando señalaba que: *América no está preparada para un católico.*

La candidatura de Kennedy se abrió paso,

La Nueva Frontera

En su discurso de aceptación como candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, Kennedy expresaba su idea de la Nueva Frontera: *...En el exterior está cambiando el equilibrio del poder. Existen nuevas y terribles armas, naciones nuevas de incierto destino, nuevas presiones de la población y más privación... En el interior, la cambiante forma del futuro es igualmente revolucionaria. El* New Deal *y el* Fair Deal *eran medidas avanzadas para las generaciones que las emprendieron. Pero ésta es una nueva generación... necesitamos una revolución en la agricultura... una revolución en la población urbana... una revolución pacífica por los derechos humanos, que exige el fin de la discriminación racial en todos los sectores de nuestra vida colectiva... Los problemas no están todos resueltos y todas las batallas no están ganadas, nos encontramos hoy al borde de una* Nueva Frontera. *La frontera de la década de 1960; una frontera de desconocidas oportunidades, de desconocidos caminos. La* Nueva Frontera *de que estoy hablando no es un conjunto de promesas; es un conjunto de objetivos que nos llaman.*



Imagen clásica de Kennedy durante uno de sus discursos dirigidos a los hombres y mujeres de América

pero la oposición interna llevó a Stevenson a mantener abierta la designación del vicepresidente y, rompiendo la tradición norteamericana, dejó al libre voto de la Convención su elección. Después de sucesivas vueltas en la votación, el nombramiento para vicepresidente recayó en Estes Kefauver, a escasa distancia de Kennedy.

La no designación de Kennedy como candidato a vicepresidente por el partido demócrata para las elecciones de 1956 abría las posibilidades para su nominación en 1960; si hubiera sido de otra forma, la que ya era derrota anunciada de los demócratas frente a Eisenhower seguro que habría encontrado su más simplista explicación en la católica condición de su vicepresidente.

El Partido Demócrata elige candidato

La Convención de Chicago había transformado a Kennedy en una figura nacional, y era cada vez más evidente que para las elecciones de 1960 no se conformaría con el puesto de vicepresidente. Durante la campaña de 1958, para conseguir por segunda vez su nombramiento como senador, fue la primera vez en la que de una forma general el electorado norteamericano percibió el carácter personal y nuevo en su forma de hacer política.

Un punto fundamental en la campaña de 1958, que luego entraría a formar parte de su programa electoral para obtener la presidencia, fue su defensa y compromiso con los derechos civiles. Las crisis sucesivas producidas desde 1953 habían llevado a la Administración Eisenhower a efectuar nombramientos en el Tribunal Supremo que posibilitaran algunas decisiones para salvaguardar los derechos individuales en los casos de seguridad y lealtad, que habían sido puestos en peligro con McCarthy y su *campaña anticomunista.*

Con todo, las decisiones del alto Tribunal para acabar con la segregación racial, revisando la histórica decisión en el caso *Plessy contra Ferguson* de 1896, que había sancionado desde ese momento y, hasta esta época, la separación entre blancos y negros no tenía un apoyo judicial y político decidido. Algunos argumentos favorables a la segregación en las escuelas señalaban que la Enmienda XIV a la Constitución no prohibía la segregación de los negros en las escuelas, siempre y cuando recibieran los mismos servicios que los blancos. La decisión del Tribunal en 1954 en el caso *Brown contra la Cámara de Educación de Topeka,* señalaba claramente y por unanimidad que *los servicios de educación separados son intrínsecamente desiguales.*

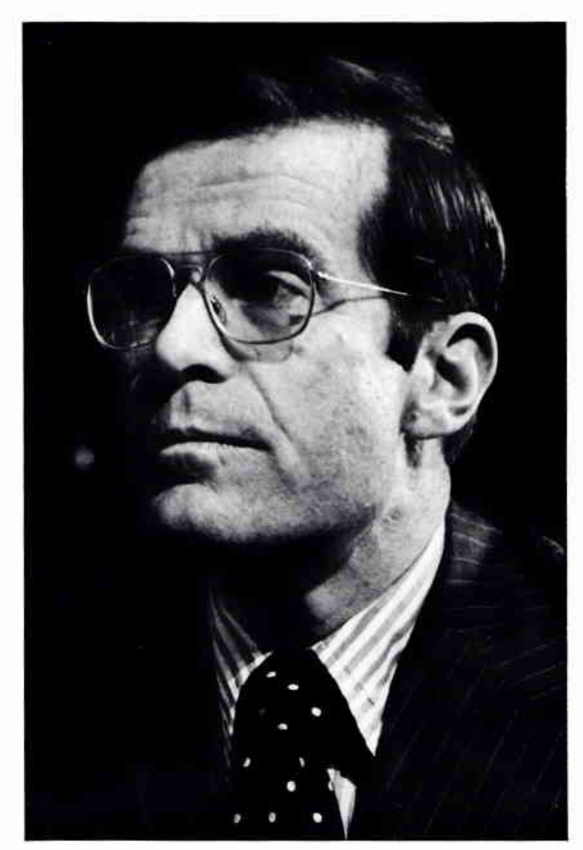
Sin embargo, aunque el Tribunal aceptó que los estados se movieran gradualmente hacia la implantación de escuelas no segregadas, varios de los antiguos estados esclavistas recurrieron a todos los argumentos legales, de presión e intimidación para evitar a toda costa dicha decisión. Las actividades desarrolladas por los grupos negros organizados en el sur encontraron en el reverendo Martin Luther King, y en su filosofía de la defensa pacífica de los derechos civiles para los negros, el principal referente para iniciar una lucha en pos de la igualdad.

Dean Rusk



Nacido en 1909, durante la Segunda Guerra Mundial estuvo en Asia como consejero político del Alto Mando para la India, Birmania y China. Sirvió en la Administración Truman, ocupando los cargos de subsecretario adjunto de Estado en 1949 y de secretario adjunto de Estado para los asuntos de Extremo Oriente en 1951, entre otros, hasta que fue nombrado presidente de la Fundación Rockefeller, cargo que ocupó de 1952 a 1961. Este año Kennedy le nombró secretario de Estado, cargo que siguió ocupando con Johnson hasta 1968. Junto con Robert McNamara, fueron los dos miembros del gabinete de Kennedy que se identificaron con los planes del Pentágono y de la CIA para llevar a cabo la acción en Bahía de Cochinos y para iniciar la intervención de Estados Unidos en Vietnam. En 1970 se reincorporó como profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Georgia.





Izquierda, Edward, hermano menor del presidente y senador por Massachusetts desde 1963. Theodore Sorensen, uno de los hombres clave en el entorno de Kennedy, autor de sus discursos y su biógrafo (derecha)

A finales de 1957, puesta en marcha la campaña para el Senado, había cierto progreso en la desaparición gradual de la segregación en las grandes ciudades del alto Sur y de la región fronteriza, como Washington, Baltimore, Louisville y San Luis; pero 2.300 distritos, que incluían todo el interior del Sur y Virginia, permanecieron segregados. Las presiones y agresiones a varios niños de color en la escuela de Little Rock, en Arkansas, ante el intento de entrar a clase con los niños blancos y la respuesta del gobernador y autoridades locales al poder federal para mantener la segregación, provocaron uno de los más serios enfrentamientos entre ambas comunidades.

La *crisis de Little Rock* impresionó al candidato a senador Kennedy, que incorporó a su campaña un fuerte programa en materia de derechos civiles. Fue esta razón la que le llevó a entrar en contacto con dos personas que serían decisivas en la posterior campaña electoral y en su candidatura a presidente. Eran Ken O'Donnell, representante de los sectores más liberales del partido y fiel defensor de la integración, y Phil Graham, director del *Washington Post*. Este tenía excelentes relaciones con la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, y había trabajado en estrecha relación con Lyndon Johnson en la lucha para ratificar la Ley de Derechos Civiles de 1957. En la amistad de Kennedy con Graham se encuentran dos de los hechos fundamentales que forjarán la posición política del que en ese momento era candidato a senador y pocos meses después, a presidente.

En primer lugar, el decisivo impulso para que Kennedy, a pesar de la oposición de algunos de sus inmediatos colaboradores, aceptara a Johnson como vicepresidente en su candidatura presidencial; en segundo lugar, la especial relación con Graham fue el inicio de la admiración de Kennedy por la persona y el pensamiento de Martin Luther King. Una anécdota representativa de dicha especial consideración estuvo en la llamada que, desatendiendo los consejos de sus colaboradores y desde la intimidad de su habitación en un hotel de Chicago, en plena campaña presidencial, realizó a la mujer de King al enterarse de la detención de su marido en Georgia. La noticia se conoció por las declaraciones del padre de King a un periódico; dicha llamada, según todos los analistas, tuvo una repercusión sumamente nega-

tiva en los votos en todos los estados del sur.

La victoria de 1958, con un margen de 875.000 votos —el más amplio margen que se había obtenido hasta ese momento en la historia de Massachusetts— situaba a Kennedy como el más firme candidato de los demócratas para las elecciones presidenciales de 1960.

Es posible que si los propios republicanos, con la Enmienda XXII a la Constitución de Estados Unidos, no hubieran limitado a dos los mandatos presidenciales, Dwight Eisenhower, presidente de Estados Unidos de 1953 a 1961, hubiera sido el mejor candidato a optar por una tercera nominación y la apuesta más firme para cerrar de esta forma las posibilidades del Partido Demócrata. Como los republicanos no podían volver a elegir a *Ike,* la posibilidad de posibles candidatos se limitaba a dos opciones: designar a Nelson Rockefeller, gobernador de Nueva York, de personalidad atractiva, que había pertenecido al Gobierno federal desde la guerra, y que reunía ciertos apoyos en el partido, o por el contrario designar a Richard Nixon, aprovechando su experiencia como vicepresidente de Eisenhower. Nixon había estado vinculado a la solución de las cuestiones más delicadas durante la Administración Eisenhower y se encontraba apoyado por los sectores tradicionales del partido; él podía unir la experiencia de gobierno anterior con un intento de renovación en las filas republicanas.

El gran enfrentamiento

La solución de *Dick* —como amistosamente se denominaba a Nixon— ofrecía mayores garantías que el riesgo que suponía la designación de Rockefeller; a fin de cuentas, el anterior vicepresidente había sido entrenado para la presidencia durante ocho años. Había participado activamente en las decisiones del Gabinete y ganado progresivamente la confianza del general; tuvo un papel discreto y nada ambicioso cuando una enfermedad del presidente estuvo a punto de llevarle a la Presidencia y era un gran conocedor de las complicadas estructuras del Partido Republicano. A su gran experiencia política, Nixon también unía su relativa juventud —cuatro años mayor que Kennedy— aunque sus intervenciones públicas y su barroca retórica estaban ancladas en la vieja tradición política del país. Su discurso estaba cargado de los conceptos clásicos de la conciencia nacional norteamericana, su continua referencia a la tradición, la familia, *Dios y el destino,* idea de América, el interés nacional, la seguridad comprometida, colocaban a Richard Nixon, a pesar de su juventud, en la vieja clase política norteamericana.

Nixon fue elegido candidato por el Partido Republicano en un primer escrutinio, y objetivamente era una buena elección que contaba con el apoyo decidido de su grupo y podía recoger la popularidad de un presidente que, como Eisenhower, reunía muchas simpatías en una parte considerable del electorado. Las elecciones podían haber sido cómodas para Nixon, de no haber sido su oponente John Fitzgerald Kennedy.

Por su parte, los demócratas se debatían entre distintas opciones, convencidos como estaban de que derrotar a Nixon iba a ser una prueba difícil. En las elecciones primarias empezaron a decantarse las distintas candidaturas que optaban a la nominación por el partido. Por un lado, la del senador por Minnesota, Hubert Humphrey, representante de un sector centrista y liberal; por otro, la del senador por Texas, Lyndon Johnson, hombre con experiencia, protegido durante un tiempo por el desaparecido presidente Roosevelt, era el representante de los moderados y de la mayor parte de los estados del sur. Kennedy, el candidato de menor edad, aglutinaba a los sectores liberales del este y norte, a los intelectuales comprometidos y a los sectores más jóvenes del partido.

La candidatura de Kennedy partía con una cierta ventaja: era el candidato de mejores logros en número de votos en los últimos años y en las elecciones primarias llegó al primer puesto demócrata con siete estados ampliamente separados, ganando en todos ellos.

Los resultados en las elecciones primarias habían despejado una de las mayores incógnitas en la carrera política de Kennedy: la posibilidad de que un católico pudiera ser presidente de Estados Unidos. Sin embargo, dos elementos eran decisivos para su elección: la posición del *establishment* del partido y el apoyo de algunos de los delegados del oeste y del sur. Adlai Stevenson, el candidato histórico de los demócratas, había mantenido una gran actividad en los meses anteriores a la designación, pero el peso de

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1960

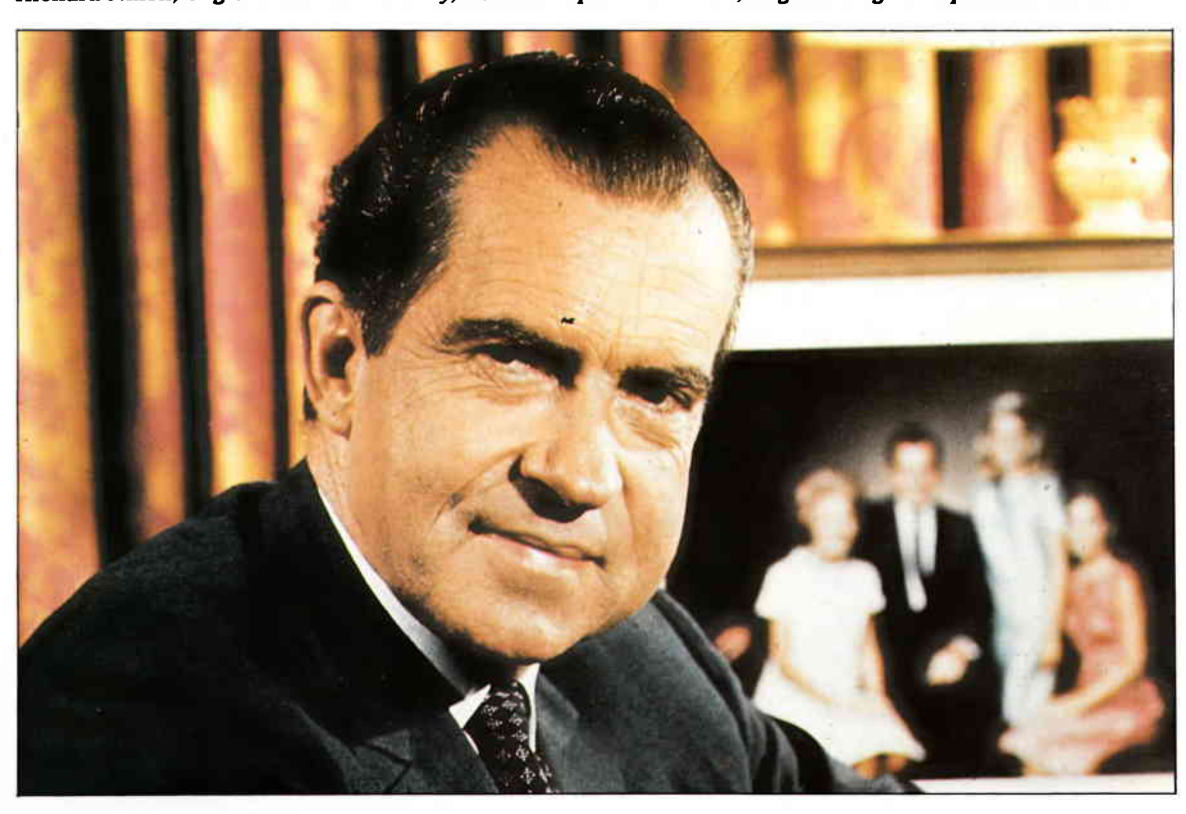
3 %
40,5 % | 56,5 %
Votos electorales

49,6 % | 49,7 %
Votos populares

ALASKA 3
3 HAWAI

- Demócratas (Kennedy)
- Republicanos (Nixon)
- Independ. (Byrd)
- 27 Votos electorales por Estado

Richard Nixon, el gran rival de Kennedy, derrotado por él en 1960, llegaría luego a la presidencia en 1969



dos derrotas electorales sucesivas le colocaba en una mala posición para ser otra vez designado. No obstante, el apoyo de Stevenson a una u otra candidatura era decisivo para conseguir la nominación.

Su renuncia a desequilibrar la balanza en favor de alguno de los candidatos dejaba en manos de la Convención Demócrata, reunida en Los Angeles, la decisión final. A la Convención habían llegado sólo dos únicos candidatos con posibilidades reales, aunque Johnson parecía contar con apoyos más sólidos que Kennedy en el interior del partido, mientras que un sector de éste defendía la necesidad de negociación entre las dos candidaturas. Con todo, estaba por decidirse quién sería el candidato a presidente.

En las reuniones previas a la votación, el interés de Kennedy era decantar a su favor la posición de algunos de los delegados del oeste y el sur que le darían la victoria. En ello intervenía decisivamente lo que desde algunos sectores era considerado el programa *excesivamente liberal de Kennedy sobre los derechos civiles.* En una reunión con los cabezas de delegación defendiendo su programa, el candidato a presidente tuvo una de sus intervenciones más brillantes: ...*Quiero decir unas palabras acerca de los derechos civiles. Tenemos el mejor programa de derechos civiles que ha tenido el Partido Demócrata en toda su historia. Quiero que hagan saber a sus delegaciones que mis fuerzas y las de mis colaboradores están inequívocamente en favor de este programa y que queremos que se apruebe en la Convención. Si tenemos que renunciar a él nos iremos por donde hemos venido; los que tengan relación con las delegaciones del Sur, que expliquen claramente cuál es nuestra posición en materia de derechos civiles, no se lo oculten. Digan a los estados del Sur que esperamos verán otras razones por las cuales deberían apoyarnos.*

Según Schlesinger, la reunión tuvo el efecto deseado y en los apoyos a Johnson se empezaron a abrir grietas cuando valoraron que Kennedy, con independencia de sus *tentaciones excesivamente liberales* en algunos puntos de su programa, tenía más posibilidades para derrotar a Nixon. En el escrutinio, cuando llegó la hora de votar, Kennedy reunía 710 votos de los 760 que necesitaba, pero superaba con creces al resto de candidatos; a partir de ahí todos los estados le dieron su mayoría de voto.

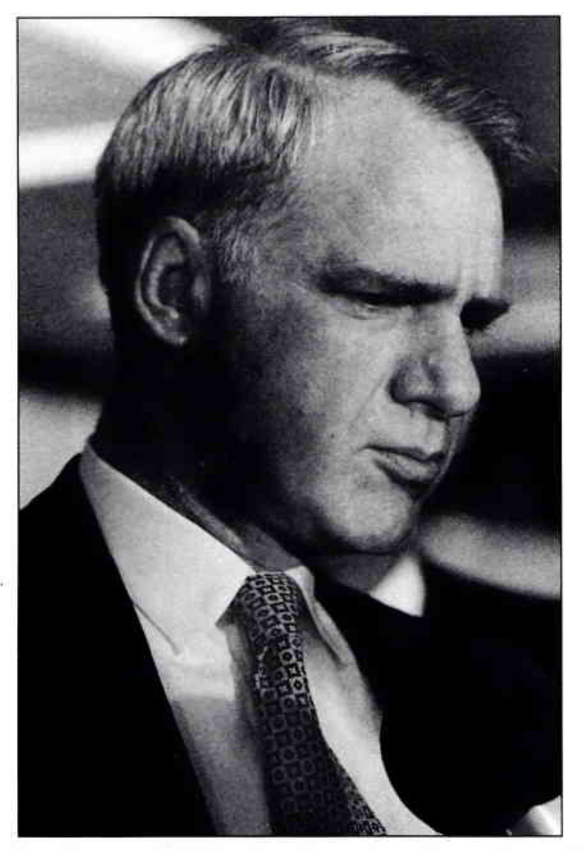
Su intervención como candidato nominado en la presentación de la candidatura Kennedy-Johnson para las elecciones de 1960, ya incluía algunos de los puntos centrales de la que sería su campaña electoral: Nuevas mentalidades para afrontar la política exterior, una transformación en las estructuras productivas, la puesta en marcha de un cambio profundo del país en la búsqueda de una *Nueva Frontera,* la revolución pacífica por los derechos humanos y la necesidad de sacrificios y responsabilidades por parte de todos los norteamericanos en la consecución de estos objetivos.

Kennedy, presidente

Sobre los puntos anteriores que subrayaban la necesidad de modernización y progreso giró la mayor parte de la campaña electoral, en un intento por dar un impulso renovado a la vitalidad del país. Sus objeti-

La operación de Bahía de Cochinos

Arthur Schlesinger, uno de los hombres del presidente, cuenta cómo Kennedy dio luz verde *al desembarco en Bahía de Cochinos:* ...El 29 de noviembre de 1960, doce días después de oída la información sobre el proyecto cubano, el presidente electo recibió, por intermedio de Allen Dulles (director de la CIA), un detallado estudio en relación con la idea de acción sobre Cuba... El día 6 de abril de 1961 Kennedy escuchó el proyecto para llevar a cabo el desembarco en Bahía de Cochinos, oía a Dulles con atención, nuestra reunión tenía lugar en una extraña atmósfera de supuesta unanimidad, y los representantes de la CIA y del Pentágono dominaban la discusión. McNamara, absorbido por la idea de hacerse con el control del Pentágono, aceptó la operación... Kennedy me miró un par de veces y se dio cuenta que yo hacía signos de negación con la cabeza, me llamó aparte y después de oír mis razones para negarme a la operación, sólo me contestó: Arthur, parece que estamos destinados a seguir adelante.




Dos figuras de obligada referencia en la era Kennedy. A la izquierda, el historiador Arthur Schlesinger, asesor del presidente; derecha, Robert McNamara, secretario de Defensa, siguió en el cargo con Johnson

vos políticos llegaron a conseguir gradualmente un enfoque claro cuando esgrimía distintos argumentos, pero todos ellos siempre desembocaban en la misma reflexión: *Hacer todos los esfuerzos para volver a poner en marcha al país.*

Esta idea, referida a la nueva vitalidad de Estados Unidos, siempre iba acompañada de otra que expresaba la necesidad de una definición de los problemas reales que supusiera una nueva forma para afrontarlos. *Nuevas ideas nos llevarán necesariamente a nuevas soluciones,* afirmaba.

El orden del discurso, desarrollado una y otra vez a lo largo de la campaña, podría ser el siguiente: *El gran problema que aqueja a la política americana de hoy es que con demasiada frecuencia se habla de eslóganes, símbolos y nos empeñamos en batallas que pertenecen ya al pasado. Los años sesenta van a ser totalmente diferentes, constituimos una nueva generación a la que la ciencia, la tecnología y el cambio de las fuerzas del mundo van a enfrentar con problemas totalmente nuevos y que exigirán nuevas soluciones.*

El discurso innovador y las originales ideas volcadas por Kennedy para defender su teoría de la *Nueva Frontera,* el conjunto de reformas en el ámbito económico, laboral y social que permitiría un progreso y nuevas cuotas en el nivel de vida, también tenían su traducción a la política exterior y a la presencia de Estados Unidos en el mundo. Sin embargo, las nuevas formas y contenidos en el ámbito internacional tendrían una lectura muy diferente.

Las ideas de renovación y cambio no pueden llevar a pensar que en la consideración de Kennedy existía una renuncia a lo que históricamente había sido la doctrina del *Destino Manifiesto,* esto es, la deseada búsqueda del liderazgo de Estados Unidos en el mundo. Muy al contrario, las ideas de Kennedy llamaban la atención sobre una renovación de ese liderazgo en donde el resurgimiento interior era el fundamento necesario para asumir la dirección de los acontecimientos mundiales. La visión del candidato demócrata a presidente no suponía una renuncia a la clásica política de presencia activa, intervencionista y, en muchos casos, agresiva en los acontecimientos en el mundo. No era una renuncia expresa a la utilización de la fuerza, ni a la tradición que consideraba que la Providencia había elegido a

Estados Unidos para desempeñar un papel fundamental en la historia de la humanidad. Tampoco suponía una quiebra de la clásica *Doctrina Monroe*, sino que era la afirmación de la tradicional conciencia nacional norteamericana sobre bases renovadas.

Las ideas de Kennedy sobre el papel de Estados Unidos en el mundo podrían resumirse en la necesidad de realizar un cambio interior para asegurar que todo siguiera históricamente igual. En otras palabras, acomodar la idea de supremacía a los nuevos tiempos. En resumen, renovar las ideas para mantener el liderazgo en el mundo.

La interpretación que realizará Kennedy de Estados Unidos en las relaciones internacionales, podría señalarse que se encuentra cercana a un idealismo renovado, distante a lo que en la política exterior de Estados Unidos defendieron presidentes como Wilson o Roosevelt, más próxima a la afirmación de un modelo renovado de democracia que legitimara políticamente la presencia decisiva en los acontecimientos internacionales. Desde su visión, el idealismo de alta dosis política, frente a los intereses especiales o particulares de otros presidentes, suponía llenar plenamente el concepto de democracia con la obtención de unos logros reales en la sociedad norteamericana, para poder defender más y mejor el interés nacional de Estados Unidos en su firme batalla contra el comunismo.

Desde esta interpretación, el *discurso anticomunista* encuentra una fórmula renovada que poco tendría que ver con el discurso dogmático y sectario del *maccarthismo,* ni tampoco con el carácter exclusivamente militar y estratégico de la *Doctrina Kennan y Truman,* eje vertebrador de la política exterior de Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, los objetivos internacionales frente al comunismo estarían volcados también en la necesidad de librar y ganar una batalla política. *Estados Unidos están* —como le gustaba decir, citando a Burke— *en un lugar sumamente visible. Todos los pueblos están atentos a nuestros actos y a nuestros logros; tenemos la responsabilidad de dar nuevos ejemplos de comportamiento.*

Cambios y reformas

Las ideas de cambio que harían posible la *Nueva Frontera,* las reformas para una protección más efectiva de los derechos civiles, y este nuevo y menos demagógico discurso sobre el papel de Estados Unidos en el mundo, serían las ideas centrales de su campaña electoral. Sin embargo, en sus discursos, elaborados siempre por él y revisados por Ted Sorensen y Richard Goodwin, existía una referencia continuada a la responsabilidad del pueblo americano en la obtención de esos fines. Esta llamada a la participación y a la corresponsabilidad de los ciudadanos siempre estuvo presente en su percepción de la labor de gobierno.

Kennedy siempre había acariciado esta idea, partiendo de la frase de Rousseau que afirmaba: *Desde el momento en que un hombre dice, refiriéndose a los asuntos del Estado: ¿Para qué me interesan?, el Estado debe considerarse en peligro.* Esta visión, que subrayaba el necesario protagonismo de los ciudadanos en el proceso de transformación, era un perfecto recurso retórico porque daba naturalidad y verosimilitud a sus argumentos. Pero también planteaba la necesaria dignificación y el conveniente protagonismo de los norteamericanos en el proceso político. Transformar el ejercicio del voto, no en el acto que pone fin a la relación de los electores con el candidato elegido, sino en el principio de los esfuerzos para conseguir un compromiso común.

Desde este planteamiento, la responsabilidad en la consecución de las metas marcadas no estaba sólo en los errores o aciertos del presidente, sino también en la capacidad de sacrificio colectivo para conseguirlas. El recurso a frases como: *La «Nueva Frontera» no resume todo lo que pienso ofrecer al pueblo americano, sino lo que pienso pedirle,* aproximaba las ideas de Kennedy a un electorado que, en una gran parte, había perdido el interés por la participación y por su clase política. Principalmente, estas ideas lograban conectar a la perfección con unas nuevas generaciones que fueron, en último caso, las que le dieron la victoria.

En las últimas semanas antes de las elecciones los sondeos mostraban un claro equilibrio entre ambos candidatos. La experiencia de Nixon como hombre de confianza de Eisenhower y como gestor eficiente, además de los apoyos que había logrado reunir en la mayoría de los estados del oeste y del sur, hubieran sido más que suficientes para vencer a cualquier otro candidato. Pero la campaña innovadora de Kennedy y los últimos



Kennedy con su secretario de Justicia, su hermano Robert, en una de sus consultas en la Casa Blanca

debates televisados hicieron inclinar la balanza a favor de los demócratas.

La participación activa de los más jóvenes en edad de votar, entre los cuales un 76 por 100 dio el apoyo a Kennedy, transformó las elecciones de 1960 en las de mayor índice de participación: un 64 por 100. Un índice superior a anteriores elecciones e incluso en las inmediatas posteriores: un 61 por 100 en 1964, un 60 por 100 en 1968, un 55,7 por 100 en 1972. En las elecciones legislativas de 1960, que se realizaron en los mismos lugares y en el mismo día, votó un 58 por 100, cinco puntos menos que en las presidenciales. Del total de votos emitidos, Nixon conseguía un 49,55 por 100 y Kennedy un 49,77 por 100. Esta escasa diferencia y el reparto de los mandatos de los electores que no habían votado a ninguno de los dos candidatos se transformaron en 303 mandatos para Kennedy y en 209 para Nixon.

De esta forma, John F. Kennedy se transformaba en el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos.

Los problemas de la *Nueva Frontera*

Los primeros meses del presidente ya demostraron la dificultad para transformar las ilusiones despertadas por las promesas de cambio ofrecidas en la campaña electoral en una realidad inmediata que supusiera una transformación decidida de la realidad norteamericana.

La primera dificultad estuvo en la elección del gabinete personal de asesores del presidente, las personas que deberían afrontar el cambio sugerido por la nueva Administración, un equipo que hiciera posible el programa demócrata pero sin producir una ruptura total en la estructura política y en determinados ámbitos de la anterior Administración. Kennedy debía elegir entre nombrar un Gabinete absolutamente nuevo —con lo que ello suponía de riesgo por la relativa falta de experiencia política en los asuntos de gobierno y el posible poco apoyo político incluso de algunos sectores de su propio partido— o adoptar una solución de compromiso, en donde se combinaran a la vez experiencia y nuevas ideas para afrontar los cambios previstos.

Las gestiones para elaborar el nuevo equipo fueron realmente costosas. La responsabilidad que recaía sobre los hombros del nuevo presidente para elegir sus hombres de confianza pesó lo suficiente como para que optase por una solución de compromiso que combinara la continuidad, en los asuntos que afectaran a las cuestiones más delicadas de la defensa y de la seguridad nacional, y la presencia de un equipo nuevo, para afrontar los cambios internos dirigidos hacia la *Nueva Frontera.*

Esta división salomónica elegida por el presidente tenía el evidente riesgo de generar poca uniformidad dentro del mismo Gabinete, las dificultades propias de fidelidad hacia el programa de cambio y la difícil coordinación en todas las áreas de gobierno.

Los primeros nombramientos de la nueva Administración demostraron hasta qué punto la ilusión despertada por Kennedy en el electorado norteamericano había sido un sueño que se desvanecía para dejar paso a la realidad cotidiana de la política tradicio-

Robert Kennedy



Nació en 1925, estudió en la Universidad de Harvard y fue fiscal de Massachusetts hasta 1952. Dirigió la campaña de su hermano John para el Senado. Se destacó como asesor de un comité senatorial que investigó sobre la corrupción en los sindicatos de 1957 a 1959. Fue una de las personas y asesores fundamentales de la campaña presidencial de 1960 que llevó a su hermano a la presidencia de Estados Unidos. Secretario de Justicia en 1961, luchó por la igualdad racial y la protección de los derechos civiles. Brazo derecho de su hermano John, continuó en su cargo hasta 1964, en que fue elegido senador demócrata por Nueva York. Rompió con Lyndon Johnson al criticar la escalada de la intervención norteamericana en Vietnam. Candidato a la presidencia, fue asesinado el 5 de junio de 1968, cuando acababa de obtener un gran triunfo en las primarias de California.



Los presidentes de Estados Unidos, Kennedy, y de Yugoslavia, Tito, en la visita del segundo a Washington

nal. La confirmación de Edgar Hoover a la cabeza del FBI, y de Allen Dulles en la dirección de la CIA, suponía la permanencia de dos personajes que habían destacado en las labores más delicadas y discutidas con las Administraciones republicanas, vinculados a la llamada *lucha anticomunista* y representantes de los sectores más ultraconservadores del país.

La división de opiniones entre el electorado y en el resto del Gabinete no se hizo esperar y, mientras que algunos consejeros personales pensaban que era mejor tenerlos controlados dentro de la Administración para fiscalizar sus movimientos, otros consideraban que Hoover y Dulles dirigían estructuras difíciles de controlar, incluso por el presidente, si no se producían cambios sustanciales en sus fines y en su dirección. Desde estos planteamientos se pensaba que la confirmación de estos hombres en estos puestos podía traer consecuencias funestas para la gestión de la nueva Administración. Los meses posteriores darían la razón a estos últimos.

La tensión entre continuidad y cambio también tenía un reflejo en el resto del Gabinete: Robert McNamara, presidente de la compañía *Ford Motor* y republicano, fue elegido secretario de Defensa y continuó en su cargo con el presidente Johnson; Douglas Dillon, subsecretario de Estado con Eisenhower, se convirtió en secretario del Tesoro; Dean Rusk, hombre tradicional en los puestos subordinados a los Departamentos de Guerra y de Estado, fue nombrado secretario de Estado; y frente o conjuntamente con esta vieja guardia, Arthur Goldberg, destacado miembro sindical y abogado de los trabajadores, fue designado secretario de Trabajo; el hermano del presidente, Robert Kennedy, uno de sus hombres de mayor confianza y aunque joven con amplia experiencia en la abogacía y fiscalía, fue nombrado secretario de Justicia.

Junto con estos nombramientos, la designación de los puestos de mayor confianza y de personal relación con el presidente, supuso lo que algunos periodistas de la época denominaron el *desembarco de los intelectuales de Harvard en la Administración,* o lo que algunos sectores republicanos, de una forma despreciativa denominaban, *el equipo de los cabezas de huevo,* entre ellos intelectuales o profesores de universidad como Sorensen, McGeorge Bundy, Arthur

Schlesinger Jr., Archibald Cox y otros, citados a lo largo del texto.

A pesar de las dificultades a la hora de encontrar el equilibrio interno en el Gabinete, las primeras semanas de gestión demostraban una forma nueva de hacer las cosas. Kennedy abolió el puesto de ayudante del presidente, que fue sustituido por un grupo interno de discusión por el que pasaban todos los asuntos, suprimió el sistema personal que el presidente Eisenhower había instalado en la Casa Blanca, estructuró el contenido y participó directamente en la elaboración de las medidas internas que pondrían en marcha la *Nueva Frontera,* partiendo de la idea que tenía el presidente Kennedy del necesario liderazgo dinámico y del *Espíritu de los Cien Días.* Este espíritu lo interpretaba el presidente como la necesidad de poner en marcha en este plazo una serie de medidas legales y políticas que iniciaran el proceso de modernización de la sociedad norteamericana.

El excesivo optimismo de la Administración para poner en marcha las disposiciones legales que inauguraban la *Nueva Frontera* no tenía en cuenta los grandes obstáculos que podían suponer las otras instituciones y grupos de poder, interesados en mantener una *Antigua Frontera,* que era apoyada por amplios sectores políticos del país que no deseaban un cambio radical, ni de las líneas que trazaban el mapa económico y social de Estados Unidos, ni de las reglas de juego en las relaciones de poder.

La consecución de la *Nueva Frontera* necesitaba un nuevo marco legal; por ello la Administración, antes de que se reuniera el Congreso, había elaborado más de cincuenta leyes que afectaban a todos los sectores del país. En la primera sesión del nuevo Congreso, Kennedy envió treinta mensajes y leyes dirigidos a la recuperación económica, una nueva ley de defensa nacional y ayuda exterior, numerosas disposiciones sobre el mantenimiento y conservación de los recursos naturales, disposiciones que afectaban a las relaciones laborales, dos leyes sobre la enseñanza en las escuelas, tres disposiciones que cambiaban el marco de construcción y subvenciones oficiales para nuevas viviendas, una ley de Derechos Civiles, etcétera.

Nuevas ideas, viejas realidades

A pesar de los esfuerzos de la Administración, la oposición de influyentes grupos de poder y la ruptura del mapa político en ambas Cámaras imposibilitaron la adopción de la mayoría de las medidas. Sería la primera vez que de una forma evidente se rompía el sistema de partidos en ambas Cámaras. Mientras, la presión del electorado a favor o en contra de las medidas de la *Nueva Frontera* provocaba una división radical en la sociedad norteamericana. La coalición de los demócratas del Sur con el Partido Republicano, a pesar de la mayoría demócrata en ambas Cámaras, demostraba grietas importantes en el partido del presidente, que sólo lograba el voto de 180 de los 260 demócratas en la Cámara para sus propuestas de la *Nueva Frontera.* Se vio de forma evidentísima en la Administración Kennedy, por primera vez en la historia de Estados Unidos, que el sistema de dos partidos se había roto. Los dos extremos de ambos partidos, liberal y conservador, estaban más cerca el uno del otro que de las directrices de los propios partidos; y el sistema de comité, al poner a miembros mayores de cada partido en los comités claves,

Ante el muro de Berlín

...Hay muchas personas en el mundo que en realidad no comprenden, o dicen que no comprenden, cuál es la diferencia entre el mundo libre y el mundo comunista.

¡Que vengan a Berlín!

Hay quienes dicen que el comunismo es el camino del futuro.

¡Que vengan a Berlín!

Y hay quienes, en Europa, y por todas partes, dicen que podemos colaborar con los comunistas.

¡Que vengan a Berlín!

Y hay incluso algunos que afirman que es cierto que el comunismo es un sistema perverso, pero que permite hacer progresos económicos.

¡Que vengan a Berlín!

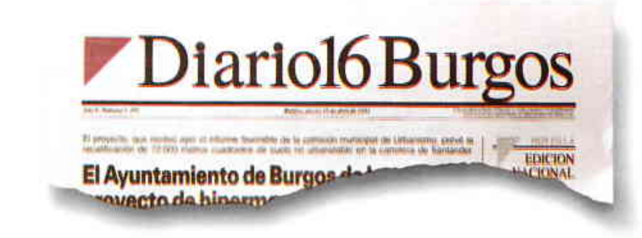
Todos los hombres libres, vivan donde vivan, son ciudadanos de Berlín y, por tanto, como hombre libre tengo el orgullo de decir: Ich bin ein Berliner (Soy berlinés).

(Parte del discurso de Kennedy en su visita a Alemania.)





















¿Quién ha dicho que en España no se leen periódicos?

Diario 16 cada vez se lee más y en más sitios diferentes. Es lógico. Cuando un periódico está donde se producen las noticias, la información es mucho más cercana, detallada e interesante.

Una idea del periodismo que pensamos llevar hasta el último rincón.



permitía a los conservadores anular las propuestas presidenciales antes de que llegaran incluso a la votación. La *Nueva Frontera* era demasiado para una parte de la sociedad y de la clase política de Estados Unidos.

Señala un analista político como Walter Lippman para describir la situación: *El Congreso emplea una política de asfixia y estrangulación, en lugar de debatir y votar, lo cual viola los principios básicos del Gobierno representativo.* La estrategia de la Administración para contrarrestar esta situación fue la de modificar la composición de los comités, en especial la del Comité Regulador, centro neurálgico del funcionamiento del Congreso. Pero en los tres años de su gestión poco consiguió, porque la alianza entre los sectores conservadores de ambos partidos era demasiado fuerte. En todo el proceso de negociación abierto por la Administración con su propio partido, con los grupos de presión y con el Congreso, Kennedy sólo consiguió, en 1963, la aprobación de tres leyes fundamentales: la Ley Federal para la Educación, la Ley sobre Salarios Mínimos y la Ley de la Vivienda. El resto de las propuestas legislativas, incluida la Ley de los Derechos Civiles —esa *ley nefasta,* como señalaba el congresista Smith, presidente del Comité Regulador— permaneció congelada hasta la muerte de Kennedy.

La *Nueva Frontera,* de esta forma, quedó reducida a escasas leyes que en poco afectaron a la estructura productiva, laboral, de protección social y de los derechos civiles. El desgaste de la propia labor de gobierno hizo que se fuera diluyendo paulatinamente la voluntad para introducir los cambios emblemáticos defendidos por su Administración y, en consecuencia, la pérdida paulatina del apoyo y de la fe de una gran parte de la base electoral que le había elegido de forma incondicional en 1960.

La imposibilidad de llevar adelante los principales proyectos de la *Nueva Frontera* no supuso, sin embargo, una renuncia a la negociación y a los compromisos para llevar a la práctica una parte de su programa. Kennedy entabló negociaciones con sindicatos y empresarios, a fin de buscar la fórmula idónea para alcanzar la prosperidad sin inflación y superar el déficit presupuestario. En este sentido, sus iniciativas fueron tres: expuso en la OCDE un plan de nueve años que haría aumentar la producción de Occidente en un 50 por 100; redactó un proyecto que reducía los impuestos y, por tanto, favorecía el comercio interno, y abrió conversaciones con los países europeos con objeto de obtener la reducción del 50 por 100 de los aranceles y liberalizar los intercambios comerciales, nivelar el déficit de la balanza de pagos norteamericana y proteger al dólar. Una política económica como ésta requería el mantenimiento de los precios y, cuando parte del sector del acero de Estados Unidos decidió un incremento de precios en abril de 1962, el presidente se opuso con energía a tal subida. La crisis del acero provocó serias desconfianzas hacia la Administración por parte de los grupos de mayor poder de la economía norteamericana. Con todo, el apoyo popular a tal medida, la presión sindical y las condiciones puestas a los magnates de la siderurgia consiguieron reducir el alza de precios.

Kennedy era consciente de que el mínimo conjunto de leyes aprobadas en el programa de *Nueva Frontera* paliaba sólo una pequeña parte de las necesidades de la sociedad norteamericana, pero la imposibilidad de sacar adelante la nueva Ley de Derechos Civiles minaba su ánimo. La imposibilidad de conseguir avances significativos en este campo provocó también una contestación de los grandes sectores de color organizados en el país, que empezaron a provocar continuos conflictos y enfrentamientos. Dichos grupos se consideraban engañados por una Administración y por un presidente que había hecho de la defensa de sus derechos y de la igualdad racial el símbolo de sus promesas y el principal emblema de su movimiento de renovación.

Los enfrentamientos producidos en Alabama en 1961 se extendieron en 1962 a Mississippi, por la oposición de los segregacionistas a que un estudiante de color de Meredith se inscribiera en la Universidad. Las evidentes pruebas de racismo del gobernador del Estado hicieron que el presidente Kennedy enviara tropas federales para restablecer el orden y propiciar la igualdad de trato entre ambas comunidades; sin embargo la tortuosa ida y venida de la Ley de Derechos Civiles no podía evitar las presiones sucesivas del movimiento negro encabezado por Martin Luther King y, a pesar, de su declarado pacifismo, los inevitables enfrentamientos de los grupos radicales de ambas comunidades en Alabama, Carolina del Norte, Tennessee, Illinois, Mississippi y Maryland, que culminaron con una marcha sobre Washington en 1963.

Las dificultades presentes también en este ámbito de la igualdad racial y de la integración acrecentaron esa sensación generalizada de que la *Nueva Frontera,* más bien pequeña y corta a estas alturas de 1963, había sido más una ilusión que el inicio de un cambio real que se podría llevar realmente a la práctica en los años venideros. El asesinato del presidente contestó contundentemente a este interrogante.

Bahía de Cochinos, los misiles y Vietnam

Si existió un reto significativo que puso a prueba las ideas de la Administración respecto a la aplicación de la *Nueva Frontera* a la forma de gestionar los asuntos internacionales, ese difícil examen fue sin duda la prometida *nueva política exterior.* Nunca habría supuesto el presidente, convencido como estaba de que iba a ser el *hombre de la coexistencia pacífica,* que los acontecimientos en el continente americano y los momentos tensos en las relaciones este-oeste serían el punto más débil de su gestión y el inicio del proceso rápido hacia una caída en picado de su prestigio personal

En un principio parecía que las relaciones entre ambas superpotencias estarían presididas por la distensión. El gesto de los soviéticos en enero de 1961, poniendo en libertad a los tripulantes de un avión espía norteamericano, era la respuesta de Kruschov al declarado pacifismo del presidente respecto a la URSS en su discurso de toma de posesión. Este relajo inicial de las relaciones propició la reanudación de la Conferencia de Ginebra sobre pruebas nucleares en marzo de 1961, en donde Kennedy, queriendo evidenciar su famoso *¿Qué haces tú por tu nación?,* creó el Cuerpo de la Paz, en el que tendrían cabida los jóvenes norteamericanos que deseaban colaborar solidariamente en pro de la confraternidad mundial.

La relación idílica entre ambas superpotencias duraría poco. El equipo de asesores directamente vinculados a estas cuestiones, McNamara y Rusk, *perros viejos* en la clásica forma de la tensión soviético-norteamericana, filtraron decididamente las nuevas ideas del presidente respecto de la necesaria respuesta norteamericana a los *sucesivos avances en la ambición soviética,* haciendo suya aquella regla de oro de la doctrina estratégica de Estados Unidos que señalaba que la URSS siempre practicaba la *ambigüedad calculada:* detrás de las ofertas soviéticas de paz siempre se encerraba una operación de fuerza. *Las buenas palabras siempre encierran un nuevo zarpazo.*

La idea del presidente para configurar un nuevo tipo de relaciones en el continente americano le llevó a introducir la cooperación política, económica y para el desarrollo con estos países, como una fórmula para evitar a toda costa la extensión y los *caldos de cultivo adecuados* de procesos revolucionarios similares al cubano. La consolidación de un régimen comunista en el continente, como el de Fidel Castro, necesariamente tenía que llevar a la Administración a un cambio de su tradicional doctrina estratégica y militar basada casi con exclusividad en el uso de la fuerza.

La iniciativa puesta en marcha por Kennedy, denominada *Alianza para el Progreso,* ofrecía a los Estados latinoamericanos 46.000 millones de dólares para propiciar un cambio decidido hacia el desarrollo. Este expreso intento por aislar a Cuba y combatir el comunismo en el hemisferio con el desarrollo de dos políticas paralelas —la de cooperación y la de contención— le llevó a robustecer los lazos interamericanos en el seno de la OEA en la Conferencia de Punta del Este. Dentro del marco de la *Alianza para el Progreso* creó la Agencia de Desarrollo Internacional, y apoyó al presidente Balaguer ante el miedo de un brote castrista en la República Dominicana.

Los propósitos y el prestigio del presidente en todo el continente se vinieron abajo cuando los cubanos exiliados en Miami, pertrechados por la CIA, intentaron invadir la isla con un desembarco en playa Girón, en la bahía de Cochinos. La subversión y contrasubversión desde los planteamientos de Dulles, jefe de la CIA, y Rusk, secretario de Estado, representaban una especie de dominio intermedio entre el terreno militar y el terreno político; sin embargo los valores que suponían la defensa de la negociación, la búsqueda de la paz y la diplomacia abierta para superar el enfrentamiento, sentir mayoritario de la parte más intelectualmente comprometida en el Gabinete del presidente, dejaron paso a la vieja forma de actuar secreta y agresiva que Kennedy había prometido que nunca permitiría.

Las incógnitas que explican el porqué de la aceptación de Kennedy de una operación

organizada por la CIA en el período Eisenhower, con el apoyo de fuerzas mercenarias cubanas en el exilio, para derrocar por la fuerza al régimen de Fidel Castro, aún están por desvelar. Algunos de sus asesores, como Sorensen o Schlesinger, señalan que ellos mismos y el presidente temían el desprecio que los jefes de las fuerzas armadas y los profesionales de la CIA manifestaban hacia el grupo de intelectuales, por los escrúpulos que tenía este grupo de *cabezas de huevo* para defender por cualquier medio *el interés nacional de Estados Unidos en el mundo.* Tales consejeros y el presidente mismo se esforzaron por volverse resistentes a estas veladas críticas y acabaron por entrar en el peligroso juego de demostrar hasta qué punto no eran ciertas.

Lo único verdaderamente cierto es que el visto bueno del presidente a dicha operación, el fracaso del desembarco de dichas tropas y la decisión última de no implicar a la marina y a la aviación norteamericanas en apoyo de tal operación, cuando la propia CIA la había preparado, supusieron un duro golpe para la credibilidad e imagen de la Administración de Washington.

Las esperanzas despertadas en todo el mundo, y especialmente en el continente americano, de un cambio en las prácticas oscuras e intervencionistas de Estados Unidos, repetidamente aducidas en sus discursos, los valores supremos de libertad, paz, progreso social para América Latina enarbolados por el Kennedy candidato, se tornaron en extendida decepción con el Kennedy presidente.

La continuidad con la anterior Administración mostrada por el presidente también tuvo su significativo reflejo en las sucesivas crisis en Asia. Si durante el mandato de Eisenhower fue patente la presión comunista en el Sudeste asiático, especialmente en Vietnam, dicha presión se extendió también a Laos. Kennedy, contando con la fidelidad de la SEATO, estableció la *defensa anticomunista* de toda Indochina: abasteció de abundante material de guerra al Gobierno laosiano, incrementó el número de *asesores militares* norteamericanos e incluso manejaba la posibilidad de enviar tropas de combate. Su firme decisión de solucionar el problema aplicando los Acuerdos de Ginebra tuvo como resultado la convocatoria de una conferencia en dicha ciudad en mayo de 1961 y, por último, tras la entrevista con Kruschov en Viena —el 3 de junio de ese año— la definitiva neutralización de Laos. No obstante, el conflicto en el Sudeste asiático se extendió a Vietnam, en donde el Vietcong llegó a conseguir el control del norte del país. Kennedy inició una escalada militar de apoyo al Gobierno de Vietnam del Sur y ordenó el envío de *asesores militares.* De esta forma, daba comienzo la intervención norteamericana en el conflicto que mayor coste y repercusión ha tenido en la historia reciente de Estados Unidos.

La hora de la desmitificación

La reunión en Viena entre Kennedy y Kruschov, la primera *cumbre* soviético-norteamericana desde los acuerdos de Yalta, trajo la esperanza de posteriores acuerdos, pero la inmediata *crisis de Berlín* puso una vez más a prueba a la Administración Kennedy. El presidente, desde su discurso de toma de posesión, había defendido la autodeterminación de la ciudad como única fórmula para encontrar una solución definitiva a su división y al problema alemán. Por su lado, la Unión Soviética había propiciado la firma por separado de un Tratado de Paz y Cooperación con la República Democrática Alemana. La intransigencia soviética se manifestó con el cierre de las fronteras que comunicaban los dos sectores de Berlín, que fue respondida en el mismo tono por Kennedy. Envió allí al vicepresidente Johnson y dejó claro que la OTAN intervendría si los derechos del Berlín occidental no eran respetados. La consecuencia de esta escalada de la tensión fue la edificación por parte de la Alemania del Este del muro de Berlín, el 13 de agosto de 1961.

El fracaso de la Conferencia de Ginebra sobre armas nucleares, en octubre de 1961, abría la posibilidad a la Unión Soviética de hacer una demostración de su capacidad militar con unas pruebas nucleares y la explosión de una bomba de 50 megatones en la superficie. Esta experiencia, condenada por la Administración Kennedy, demostraba hasta qué punto el peligro de una guerra nuclear seguía existiendo. La petición de sustituir dichas pruebas en la superficie por ensayos subterráneos, realizada por Kennedy, no encontró respuesta por parte soviética. Por ello, después de comunicar la postura de Estados Unidos de no ceder a la Conferencia de los No Alineados de Belgrado, en

LA CRISIS DE LOS MISILES

Bases de misiles soviéticos
Bases norteamericanas
Límite del bloqueo (cordón de destructores)
Buques detenidos en la línea de bloqueo

Dallas
Atlanta
ESTADOS UNIDOS
Houston
Nueva Orleans
Hunter
Jacksonville
Patrick
Mac Dill
Homestead
Cayo Hueso
Völkerfreundschaf (RDA)
Marucla (Líbano)
Sirius (Grecia)
Bukarest (URSS)
GOLFO DE MEXICO
Tampico
OCEANO ATLANTICO
Is. BAHAMAS (Brit.)
Guanajay
La Habana
S. Cristóbal
Remedios
CUBA
Santiago
Guantánamo
HAITI
REP. DOMINICANA
Sto. Domingo
S. Juan
Ramey
Vieques
PUERTO RICO (USA)
I. Caimán (Brit.)
JAMAICA (Brit.)
Kingston
MAR CARIBE

La crisis de los misiles en Cuba, en otoño de 1962, marcó el momento más delicado para la paz en el mundo durante la era Kennedy



El féretro que contiene los restos del asesinado presidente recibe el homenaje público en el Capitolio

abril de 1962 se decidió por las explosiones nucleares en la atmósfera.

La escalada de tensión entre ambas superpotencias llegó a su punto culminante en el otoño de 1962, el momento más delicado para la paz en el mundo y la apuesta más arriesgada de la Administración Kennedy: *la crisis de los misiles en Cuba*. La situación de acoso permanente por parte de Estados Unidos al régimen de Fidel Castro había provocado indirectamente un considerable prestigio de la revolución cubana en todo el continente, y el vuelco decidido de La Habana hacia la órbita de la Unión Soviética, como única fórmula para consolidar el nuevo régimen revolucionario.

Era sabido y conocido por el Pentágono que en la isla trabajaban varios cientos de técnicos soviéticos; al confirmarse la instalación en Cuba de rampas de lanzamiento de cohetes nucleares y que buques soviéticos navegaban rumbo a Cuba con material bélico, posiblemente nuclear, la Administración Kennedy lo consideró una amenaza inadmisible a su seguridad nacional y a la de todo el continente. Las sucesivas reuniones del presidente con sus asesores, el estudio, incluso matemático, de las distintas posibilidades para frenar el peligro que esta operación suponía llevarlo a Kennedy a emprender una acción tremendamente arriesgada en octubre de 1962: el bloqueo de Cuba. La acción de fuerza tuvo buenos resultados y Kruschov, ante el peligro de un enfrentamiento inminente con Estados Unidos, suspendió los trabajos en las instalaciones cubanas y ordenó el regreso de los buques. Lo que para unos había sido un éxito rotundo por parte de la Administración demócrata, para otros sectores conservadores era un *parche* que había sido consecuencia de una debilidad extrema de la Administración a la hora de tratar y consentir un régimen como el de Fidel Castro en el continente americano.

La difícil dialéctica entre coexistencia y enfrentamiento había llevado al presidente al terreno más pragmático y resbaladizo de su gestión. A lo largo de 1963, renovó su deseo de fortalecer las defensas de Occidente, propuso la creación en Europa de una fuerza nuclear multilateral, rechazada sólo por De Gaulle, incrementó la ayuda exterior y realizó un viaje a Europa, durante el cual despertó el entusiasmo, especialmente en su visita a Berlín y al muro construido en la ciudad. A su regreso de Europa, en julio de 1963, solicitó a Kruschov continuar las conversaciones para prohibir las pruebas nucleares.

Las conversaciones dirigidas en Moscú por Averell Harriman desembocaron en un acuerdo que prohibía todas las experiencias atómicas, excepto las subterráneas. Triunfaba el espíritu de la coexistencia, pero dicho impulso no podía devolverle una parte importante del prestigio perdido en el camino recorrido en los tres años escasos de su presidencia.

Los problemas internos para conseguir la *Nueva Frontera*, la falta de voluntad política para llevarla a la práctica en episodios destacados de su política exterior y el deterioro que supone todo ejercicio del poder, llevaban a pasos agigantados a John F. Kennedy a un proceso de desmitificación. Una desmitificación que hubiera sido una realidad si el 22 de noviembre de 1963 Lee Harvey Oswald no hubiera acabado con su vida.

BIBLIOGRAFIA

Aron, Raymond, *La República Imperial*, Buenos Aires, EMECE, 1974.

Collier, P. y Horowitz, D., *Los Kennedy*, Barcelona, Tusquets Editores (Colección Andanzas), 1985.

Galbraith, John K., *Une vie dans son siécle*, París, Gallimard, 1981.

Kaspi, André, *Kennedy, Les 1000 jours d'un Président*, París, Armand Colin. Ed., 1993.

Kennedy, John F., *Perfiles de coraje*, Buenos Aires, 1957.

Mammarella, Giuseppe, *Storia degli Stati Uniti dal 1945 a oggi*, Roma, Laterza. Ed., 1993.

Melandri, P. y Portes, J., *Histoire intérieure des Etats-Unis au XX siècle*, París, Masson, edit., 1991.

Morison, Samuel Eliot, *Historia del pueblo americano*, Barcelona, Caralt Eds., 1972.

Paterson, Thomas, *Kennedy's Quest for Victory: American Foreign Policy 1961-1963*, New York, Oxford University Press, 1989.

Sorensen, Theodore, *Kennedy*, New York, Harper & Row, 1965.

Schlesinger, Arthur M., *Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Aymá, 1966.

Woodiwiss, Anthony, *Postmodernity USA*, Newbury Park California, Sage, 1993.

CUIDA

el

Ozono

